

LA SAL DE LA TIERRA

por el élder Carlos E. Asay
del Primer Quórum de los Setenta



Tengo en la mano una probeta llena de sal. Como sabéis, la sal con-tiene dos elementos: sodio y cloro; y se le conoce químicamente como cloruro de sodio.

Esta sustancia blanca ocupa un lugar importante en nuestra vida: es fundamental para la salud; las células orgánicas deben contar con ella para poder vivir y funcionar; es antiséptica; es preservativa; y constituye un ingrediente en muchos alimentos y productos. Además, se calcula que la sal tiene más de 14.000 usos.

De acuerdo con los historiadores: "En un tiempo la sal tuvo importancia religiosa, y fue símbolo de pureza. . . Entre muchos pueblos, todavía se emplea como señal de distinción, amistad y hospitalidad. Los árabes dicen: 'Hay sal entre nosotros', lo cual significa: 'hemos comido juntos y somos amigos'."

El Organizador y Creador de este mundo comprendía perfectamente la naturaleza y la importancia de la sal. En las Escrituras se encuentran más de treinta y cinco referencias a esta sustancia. En el Antiguo Testamento se hace mención al "pacto de sal" (Levítico 2:13; Núm. 18:19; 2 Crónicas 13:5). En el Nuevo Testamento, el Salvador se refirió a sus discípulos como la "sal de la tierra" y les encomendó que conservasen su sabor. Repitió este mismo encargo a sus discípulos escogidos del Continente Americano:

"De cierto, de cierto os digo que a vosotros os concedo ser la sal de la tierra; pero, si la sal perdiera su sabor, ¿con qué será salada la tierra? La sal desde entonces no servirá para nada sino para ser echada fuera y hollada de los hombres." (3 Nefi 12:13.)

¿Cuántas veces hemos leído u oído a otros leer esta escritura? Pero, ¿comprendemos cabalmente el mensaje de ser "la sal de la tierra"? ¿Entendemos la analogía, y respondemos debidamente al significado que encierra?

Permitidme hablaros de los papeles respectivos de "sabor" y de "salvadores" que debemos desempeñar para el llamamiento que se nos ha hecho como miembros del sacerdocio y como la "sal" del mundo moderno.

El sabor de los hombres

En 1833, José Smith recibió una revelación con las siguientes instrucciones:

"Cuando los hombres son llamados a mi evangelio eterno, y pactan con un convenio eterno, se les considera como la sal de la tierra y el sabor de los hombres; son llamados para ser el sabor de los hombres. . ." (D. y C. 101:39-40)

El término "sabor" se define como gusto, y en este sentido, como sazón agradable y estimada.

La sal del tubo A, que tengo en la mano derecha, tiene sabor; vale decir, que es limpia, pura, incontaminada y útil. En este estado se podrá usar para preservar, sazonar, curar y servir para muchos otros fines provechosos.

Sin embargo, la sal del tubo B ha perdido su sabor, y lo ha perdido porque se ha mezclado con elementos de mal gusto; de hecho, ha adquirido el color y la apariencia de las otras sustancias.

Al hablar el Señor del "sabor de los hombres", se refería a aquellos que lo representan; se refería a aquellos que habiéndose arrepentido, han sido limpiados de sus pecados en las aguas del bautismo, y han hecho convenio con El de tomar sobre sí su nombre y su causa. Además, se refería a aquellos que habían de compartir por convenio su poder del sacerdocio. El se refería a todos nosotros.

Un químico mundialmente famoso me dijo que la sal no pierde su sabor con el paso del tiempo, sino que lo pierde sólo cuando se mezcla y contamina. De igual manera, el poder del sacerdocio no se disipa con el paso del tiempo, sino que también se pierde cuando se mezcla y contamina.

Cuando un varón joven o mayor mezcla sus pensamientos con lecturas pornográficas, sufre una pérdida de su sabor.

Cuando un poseedor del sacerdocio mezcla su lenguaje con mentiras y blasfemias, sufre una pérdida de su sabor.

Cuando uno de nosotros sigue a algún grupo y del mundo, participa en actos inmorales y en el uso de las drogas, del tabaco, del alcohol de otras sustancias dañinas, pierde su sabor.

El sabor y la virtud se apartan del hombre que contamina su mente con pensamientos impuros, que profana sus labios al no ser verídico, que hace mal uso de su fuerza en actos inicuos. El rey Benjamín advirtió: ". . . si no os cuidáis vosotros mismos, vuestros pensamientos, palabras y obras, y observáis los mandamientos de Dios . . . pereceréis" (Mosíah 4:30).

Quisiera ofreceros unas pautas sencillas, especialmente a vosotros los jóvenes, como un medio para que preservéis vuestro sabor: Si no es algo limpio, no lo penséis; si no es algo verdadero, no lo digáis; si no es algo bueno, no lo hagáis. (Howard Classics, "The Meditation of Marcus Aurelius", ed. por Charles W. Eliot, New York: P. F. Collier and Son, 1909, pág. 211.)

Pureza, verdad y bondad siempre han sido y serán las características que identifican a los hombres con sabor.

Se dice que el 65 por ciento o más de las formas en que nos comunicamos con nuestros semejantes no son verbales. De ser así, los factores: "quiénes somos" y "qué somos" son sumamente importantes. El Profeta viviente ha dicho: "No hay mayor servicio que pueda prestarse al llamamiento misional de la Iglesia que el de que ejemplifiquemos las buenas virtudes cristianas en nuestras vidas." (Spencer W. Kimball, Ensign, de noviembre de 1978, pág. 6.)

Debemos luchar día tras día para conservar nuestro sabor, nuestra pureza; por eso, debemos seguir adelante, apegándonos a nuestras normas de santidad, recordando constantemente que hemos sido llamados para ser el sabor de los hombres.

Salvadores de hombres

El profeta José Smith recibió las siguientes instrucciones del Señor: "Porque fueron puestos para ser una luz al mundo, y para salvar a Los hombres;

Y por cuanto no salvan a los hombres, son como la sal que ha perdido su sabor..." (D. y C. 103:9-10)

Es impresionante la profundidad del significado de las palabras "salvar a los hombres", cuando esto se estudia en relación con el verdadero significado del sacerdocio.

"El sacerdocio es el poder y la autoridad de Dios delegados al hombre sobre la tierra para actuar en todas las cosas pertinentes a su salvación, y constituye el medio por el cual el Señor se sirve del hombre para salvar almas." ("El ejemplo de Abraham", por el presidente Spencer W. Kimball Liahona, diciembre de 1975)

El sacerdocio es poder —de Dios— y debe usarse para salvar almas. No se confiere a los varones jóvenes y a los hombres mayores sólo para que lo posean y lleven su nombre; se confiere con la finalidad de que aquel que lo reciba lo ejerza por el bien de sí mismo y de sus semejantes. El sacerdocio debe honrarse como así también los llamamientos que a él atañen.

Uno de los conceptos más grandiosos del Evangelio de Jesucristo es el de que los hombres pueden y deben ser algo más que observadores pasivos en la causa de salvar almas. Un líder de la Iglesia enseñó:

"En nuestro estado preexistente . . . hicimos un convenio con el Todopoderoso . . . Convinimos en ser salvadores, no solamente de nosotros mismos, sino también salvadores de toda la familia humana. Entramos en una sociedad con el Señor, y el llevar a cabo el plan llegó a ser entonces no sólo la obra del Padre ni sólo la obra del Salvador, sino también la nuestra . . ." (Utah Genealogical and Historical Magazine, oct. de 1934, pág. 189.)

Conozco a un joven presbítero a quien el obispo le pidió que Hermanara a un miembro inactivo del quórum, indicándole que otros habían fracasado en sus intentos de recuperar al muchacho. Las últimas palabras de esta petición del obispo fueron: "Por favor, salva a este hermano". Tras muchos intentos y fracasos, se operó el milagro: el inactivo se reintegró al quórum de un modo total. Fue verdaderamente conmovedor para mí oír al héroe de esta experiencia dar testimonio del gozo que experimentó gracias a sus esfuerzos por salvar un alma.

Hace menos de un mes, dos misioneros visitaron a una viuda que había expresado interés en la Iglesia; estaba enferma y su médico le había dicho que debían extirparle un riñón. Los élderes la consolaron, prestaron oído a los susurros del Espíritu, y le dieron una bendición. Y se verificó otro milagro: la operación fue

suprimida y los misioneros empezaron a enseñarle el evangelio, estableciendo una fecha para su bautismo. Esa hermana no olvidará jamás la bendición ni las enseñanzas de los élderes, y las atesorará en sus recuerdos pensando en ellos como "salvadores de hombres".

Uno de nuestros hermanos del sacerdocio nos relata la forma en que fue guiado por el Espíritu para localizar miles de nombres de una de las líneas ancestrales de su padre. Cuando completó la investigación necesaria, él, su esposa y otras personas llevaron a cabo las correspondientes ordenanzas del templo. Resumiendo su experiencia dijo:

"El Espíritu me enseñó que si cualquier persona hace el esfuerzo de investigar, se le abrirá el camino y llegará a poseer el espíritu de Elías el Profeta . . . Creo firmemente que en la preexistencia hicimos un convenio. . de ser salvadores de nuestros hermanos, realizando toda la investigación necesaria y llevando a cabo la obra del templo por ellos . . ." (Links of Forever, —Eslabones de la eternidad— por Connie Rector y Diane Deputy, 1977, pág. 120.)

Es indispensable que haya "sal" entre nosotros y todos los hombres. Debemos demostrar rectitud, amistad y hospitalidad a todos nuestros hermanos y hermanas. A los inactivos en la Iglesia, extendamos la mano de hermanamiento; a los que no son miembros de ella, extendamos la divina invitación de: "venid y ved"; establezcamos con nuestros antepasados los eslabones que unen los padres a los hijos y los hijos a los padres. Al hacer esto, aceleraremos los propósitos del Maestro y contribuiremos a la reconciliación de los hombres con el Dios que les dio la vida. Y, al hacerlo, no sólo preservaremos nuestro sabor, sino que también nos salvaremos. Considero significativo el hecho de que la sede de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se encuentre localizada en esta ciudad, que se llama precisamente "Ciudad del Lago de Sal". Desde este punto central de la Iglesia emana el mensaje de salvación para todo el mundo. En esta ciudad se reúnen hombres y mujeres que son la sal de la tierra provenientes de todos los rincones del mundo, para recibir instrucción y ser edificados. Si tales instrucciones son aceptadas y llevadas a la práctica, los hombres tendrán la posibilidad de conservar su sabor y les servirá para que lleguen a ser salvadores de hombres.

Ruego que todos nosotros podamos apreciar de un modo más perfecto las palabras del Salvador: "Sois la sal de la tierra" (Mat. 5:13). Ruego que llevemos esta denominación fiel y honorablemente, y tal será el caso si:

Nos conservamos limpios de los pecados del mundo y conservamos nuestro sabor, nuestra pureza; y si ejercemos nuestro sacerdocio y empleamos sus poderes para salvar almas.

Recordemos que los hombres —como la sal— pierden su sabor cuando se exponen a la contaminación; y que también aquellos que no usan el poder del sacerdocio que se les ha conferido para obrar en favor de otros son como sal que ha perdido el sabor.

Testifico que cuando vivimos para ser hombres con sabor y salvadores de hombres, podemos establecer una relación constante y maravillosa con el Maestro. Declaro estas cosas agregando mi testimonio de que El vive y hoy dirige su Iglesia. En el nombre de Jesucristo. Amén.